

París: texto y sentido

MARIO NIEVES

A propósito de los disturbios de París el filósofo esloveno Slavoj Žižek ha escrito que ante las crónicas e imágenes del desastre debe evitarse la “tentación hermenéutica” o búsqueda de significados profundos debajo de tales estallidos. Lo más difícil de aceptar –argumenta– es su carencia de sentido, al considerar los hechos no como expresiones de protesta, sino como un “acto de impotencia de los perpetradores” y la incapacidad de éstos para “inscribir la experiencia de su situación en un todo significativo”. París es un texto de múltiples lecturas, incluyendo aquellas que pudieran intentarse desde el campo hermenéutico constituido por el doble sentido de las expresiones. Si entendemos por símbolo toda estructura de significación donde una expresión primaria y literal remite a otro sentido, que puede ser aprehendido a través de aquélla, quemar un automóvil puede ser un acto de impotencia, pero quemar nueve mil puede ser un símbolo de desesperación social. En este punto resulta tentador esquivar la previsión de Žižek. De ahí que tal vez no sería ociosa una aproximación a los hechos desde los posibles sentidos subyacentes en la acción caótica y desesperada de los “perpetradores”.

Las formas simbólicas no subsisten en el vacío. Son fenómenos sociales contextua-



lizados que se producen, circulan y reciben bajo condiciones específicas. De ahí la pertinencia de lo que Thompson describe como primera fase de la hermenéutica profunda o “análisis sociohistórico”, donde plantea el estudio de las condiciones sociales e históricas en que tiene lugar la circulación y recepción de los símbolos. En el caso de ese fresco de proporciones históricas que fueron los disturbios de París, se tiene por contexto fenómenos como la pobreza, la marginación, la exclusión, que encontraron una válvula de escape cuando el 27 de octubre pasado dos adolescentes inmigrantes mueren electrocutados. La ira por estas muertes desencadena los disturbios –protagonizados por jóvenes africanos árabes y negros, de ellos gran parte franceses nativos– que incendiarán los suburbios de París y otras ciudades europeas por tres semanas. Ésta es la cresta de sucesivas olas de inmigrantes que parecen romperse contra un país que los margina. En un artículo sobre el tema, el novelista cubano Lisandro Otero recuerda que François Mitterrand había declarado hace quince años: “Qué puede esperar un joven que nace en un barrio sin alma, que vive en un inmueble feo, rodeado de indignidad, ante un paisaje gris lleva una vida gris, y sufre una sociedad que solamente interviene en su vida cuando hay que prohibir y castigar”. El director de *Le Monde Diplomatique*

tique dijo que existen en Francia unas 750 zonas urbanas consideradas como sensibles, barriadas muy degradadas donde habita una población sobre todo de origen inmigrante y donde reinan la pobreza y la inseguridad.

Los despojados de París escribieron su rabia, que permite leerse como expresión de cierto estado de cosas que se manifiesta a escala planetaria. Miserias y despojos son culpas, para algunos, no de las potencias arrogantes que aplastan a las minorías marginadas en sus territorios, sino de lo que un conspicuo autor ultraliberal describe como “estados débiles o fracasados”, verdaderos causantes de “buena parte de los problemas más graves a que se enfrenta el mundo, como son la pobreza, el SIDA, las drogas o el terrorismo”. Insólita paradoja: resulta que los culpables no son los grandes países industrializados, sino las naciones pobres cuya incapacidad estatal para resolver sus problemas se revela, dice Francis Fukuyama, “como una seria amenaza para el mundo desarrollado”. Esta idea es de una fatalidad desoladora. En su más reciente libro Fukuyama dice que desde la caída del muro de Berlín los “estados débiles o fracasados” se han convertido en el único y más grave problema para el orden internacional al quebrantar los derechos humanos, provocar desastres humanitarios, causar oleadas masivas de inmigración y atacar a sus vecinos.

El origen de los quebrantos del mundo contemporáneo –huelga insistir– no debe buscarse en la pobreza, sino en lo que el sabio egipcio Samir Amin llamaría “la devastación imperialista” construida sobre las máquinas de la Revolución Industrial y manifiesta en el asalto colonial de Asia y de África. “Abrir los mercados, apoderarse de los recursos naturales del globo constituían



sus motivaciones reales”. De ahí el problema mayor que ha debido encarar el mundo actual: la obscena inequidad que ha hecho que las relaciones de desigualdad entre los pueblos, que en 1800 se expresaban en proporción de 2 a 1, llegaron a ser de 60 a 1 en la actualidad. El tercer milenio recibió al mundo como una sociedad planetaria dual, escindida entre una minoría escandalosamente rica y una aplastante mayoría de individuos y países pobres sin muchas esperanzas. La renta *per cápita* real en más de 70 países, según datos de Oswaldo de Rivero, es inferior a la de hace 20 años. En una población de casi 5 mil millones en el mundo subdesarrollado, existen más de 4 mil millones que sobreviven con tan sólo dos o tres dólares diarios, en extrema pobreza.

En tales circunstancias se dieron los disturbios de París. Entendidos dentro de semejante contexto, no es inútil ensayar una búsqueda de sentidos más allá de la violencia. No pocos procesos han tenido lugar pre-

cedidos o expresados por determinados hechos que devinieron grandes símbolos (recuérdese la cúpula de Hiroshima, Robben Island, el muro de Berlín, las Torres Gemelas). Ningún proceso se puede separar de los símbolos que almacenan sus múltiples sentidos, cada vez más dinámicos y sorprendentes. La historia, que conservó con el *Guernika* de Picasso un símbolo de la masacre de un pueblo bajo las bombas del fascismo español, no aguarda por la construcción de su memoria sólo por la imaginación de sus testigos, sino además por la acción de los protagonistas, los objetos o espacios de su expresión y la huella dramática de los acontecimientos. Esta vez París fue el lienzo sobre el cual –no por casualidad– una muchedumbre desesperada escribió el texto del cual podrán hacerse muchas lecturas. En París se dieron voces con significados claros. Voces violentas y desesperadas que no tendrían sentido si ellas no sirvieran también para inscribir esa experiencia en el “todo significativo” de un mundo que es un texto. A estas alturas tampoco puedo evitar la tentación de proponer una lectura de los hechos desde la perspectiva de lo que Homi Bhabha llama el “derecho a la narrativa”, pues la narrativa es a la vez –dice, coincidiendo con Hannah Arendt– discurso y acción, el medio a través del cual nos revelamos unos a otros. Lo que para algunos autores y sociólogos franceses puede considerarse como uno de los movimientos de lucha más impresionantes de los últimos treinta años, es también un acto de narrativa, un brutal relato de los marginados a través del cual han querido escribir y revelarse: “No somos la hez sino seres humanos. Existimos. ¿La prueba? Los autos están quemándose”.